

EL CABALLO SALVAJE  
ZANE GREY

# EL CABALLO SALVAJE

ZANE GREY



Digitizado por **LIBROdot.com**  
<http://www.librodot.com>

# I

El misterio y la inaccesible-naturaleza de la Meseta del Caballo Cerril habían embargado más de una vez el ánimo de Chane Weymer en el curso de su solitaria vida desértica en Utah. No había caballista nómada que no supiese alguna extraña historia de la vasta altiplanicie. Pero Chane no había tenido nunca ocasión de contemplarla desde tan prominente altura como aquella a que Toddy Nokin, el pinte, le había conducido. Y la fascinación que sobre él ejercía de antiguo se veía extrañamente acrecentada por las palabras del indio.

El piute afirmaba que la Meseta era el último refugio de famoso garañón salvaje *Panquitch* y su manada.

¡*Panquitch*! Aorado de Nevada por desbravadores de cerriles, entre los que él podía contarse, fue perseguido por los mormones a través de Utah, en cuyas selvatiqueces del Sur de los Montes Henry había desaparecido.

Chane desvió las pupilas de la Meseta para posarlas en los cetrinos rasgos de su acompañante. ¿Merecía crédito Toddy Nokin? Los piutes gozaban fama de amantes de los buenos caballos y no eran propensos a hacer confidencias a cazadores blancos. Pero Chane pensó que en varias ocasiones había patrocinado al indio.

-Toddy... ¿tú seguro... *Panquitch*... en la Meseta? -preguntó en su pintoresca mezcla de piute y de navajo.

Las facciones del indio adquirieron la solemne expresión de quien no ha visto bien acogida su confidencia.

-¿Cómo sabes? insistió Chane ávidamente.

Toddy Nokin hizo un lento y comprensivo ademán hacia el extremo norteño de la Meseta del Caballo Cerril, que casi perdíase de vista en la purpúrea lejanía. El simple movimiento de un brazo y una mano revistió en el indio singular carácter. Sugería senderos abandonados, cañones profundos que cruzar, largas distancias que cubrir. Luego, Toddy Nokin pronunció algunas frases en su propia lengua con la sencilla naturalidad del jefe cuya palabra está por encima de toda duda. La interpretación de Chane no pudo ser correcta en todos sus extremos, pero aun así hizo correr más aprisa la sangre de sus venas. *Panquitch* había sido visto capitaneando su manada por los áridos bancales roquizos que conducían a la casi perpendicular ladera de la inabordable Meseta. Los caballos cerriles no dejaron huellas. Ni habían vuelto. Pintes de ojos de lince habían estado al acecho, atisbando las únicas salidas posibles de los rojizos bancas. *Panquitch* seguía en la cumbre de la Meseta con las bicerras y las águilas. El hecho, provocando profundo respeto y admiración en Chane Weymer, le infundió un vehemente propósito. Aquella salvaje Meseta le venía obsesionando de antiguo. Y ahora la razón del irresistible atractivo era fácil de comprender.

-*Panquitch*. ¡Por fin estoy sobre tu pista! -exclamó exultante.

Le pareció en aquel momento que, por decirlo así, se entregaba a cuanto hasta entonces había anhelado..., a una salvaje libertad, sin más trabajo ni más restricciones que las que sus propias erráticos caprichos le impusieran. Ciertamente que su vida en la pampa había sido por demás salvaje, pero hasta el pasado año, sus deberes para con su padre y otros superiores le habían retenido, como asimismo una idea profundamente arraigada de obligación y de afecto hacia su hermano menor, Chess. Chess tenía ya dieciocho años y se consideraba tan hombre, que se resentía de la tutela de Chane.

-«Muchacho azul»<sup>1</sup> ya no necesita a su hermano -soliloquió con cierta melancolía recordando la impaciencia de Chess al verse vigilado. ¡A fe que pasaba de prisa el tiempo! ¡Chess hecho casi un hombre! Y parecía ayer cuando era un niño en Colorado, de donde eran

---

<sup>1</sup> Azul, tiene, en inglés, el significado de taciturno, deprimido, nervioso.

oriundos. ¡Días felices los de Colorado!

Los Weymer constituían una familia estrechamente unida. El padre de Chane había sido colono, ganadero y chalán. En las praderas de Colorado había aprendido Chane la que hoy era su profesión: la caza de caballos cerriles.

Con el tiempo buscó regiones más salvajes. Nevada, Utah, y su hermano Chess, con infantil devoción, le había seguido. Durante un par de años el muchacho había sido fácil de manejar; luego sobrevino la inevitable rebelión. No porque Chess fuese malo, pensó Chane, pero... que-ría ser su propio dueño. Algunas semanas antes, Chane le había dejado allende los ríos y los pedregosos jarales de la selvaticidad de Utah, en el pequeño pueblo mormón de San Jorge. Chess hizo lo indecible por acompañarle en aquella expedición a territorio piute, al que Chane iba con idea de adquirir una punta de potros indios. Toddy Nokin interrumpió sus meditaciones, manifestando su deseo de ir a su campamento.

-No quiero dejar hija sola -añadió significativamente. Chane recordó que uno de los picadores que se habían unido a él, llamado Manerube, no era hombre en quien por su parte pusiese su confianza.

El pat-pat de los mocasines del indio sobre las rocas se fue alejando. Chane, a solas consigo mismo, volvió ojos y pensamiento a lo que le había llevado a escalar aquellas alturas... a la Meseta del Caballo Cerril.

El día, de primeros de septiembre, había sido tormentoso, despejando al caer la tarde y acumulándose una procesión de nubes en el cielo, hacia el Oeste y el Norte. En aquel instante no parecía prometer la orgía de colores que Chane buscaba siempre en el crepúsculo. Toda la parte norteña quedaba velada por densas nubes de plumizos tonos.

No acertaba a comprender qué conjuro le había fascinado desde que por vez primera puso los ojos en la Me-seta. Fue como si le hubiese detenido una profética voz conminatoria. No podía tomar la vaga intimación como un aviso; era más bien una llamada, algo que le apremiase a venir a buscar, a laborar, a descubrir. Chane pensó en el cerril *Panquitch* y, aunque la idea le estremeciese, no logró convencerse a sí mismo de que la simple búsqueda de un caballo, por renombrado que fuera, le produjese tan extraña sensación.

Una caótica masa de tempestuosas nubes se había agolpado contra el extremo oeste de la Meseta, donde el abrupto acantilado rojo se erguía sobre un área ondulosa de rocas batidas por los vientos.

Aparentemente, la nube quedaba como prendida por alguna obstrucción, aunque cambiando no obstante de forma. Chane contempló el panorama como otras mil veces en momentos de curiosidad o de ocio lo había hecho; sin embargo, en la ocasión presente había una sutil diferencia, fuese en el aspecto de aquella Meseta o en el de sí mismo. Y esa diferencia aguzaba sus sentidos como los de un indio, dejándole, además, insólitamente pensativo.

Parecía no ser sino un vasto paisaje, grandioso por su extensión y sus perfiles, aunque de momento apareciese monótono y sombrío. Más, ¿no ocultaría algo? El borde inferior de la masa de nubes se extendía hasta muy abajo del cantil; en algunos trechos la cumbre quedaba eclipsada; por encima de la nube, así como todo el Oeste, aparecía despejado. El sol había traspuesto la inmensa ladera que ascendía desde el terreno ondeado del cañón a la montaña.

La nube que coronaba la Meseta se disgregó por su centro, extendiéndose lentamente mientras iba cambiando con imperceptibles gradaciones su grisácea tonalidad. Entre la Meseta y el declive de la montaña existía una profunda quebrada, por cuyo portal, en forma de V, parecían entreverse los confines de la tierra. En la lejanía, las superficies roquizas eran áureas y sobre ellas la amarillenta faja del cielo visible aparecía cubierta como por un palio, por un jirón de nube, fragmento de la que envolvía la Meseta, que comenzaba ya a reflejar en sus tintes los rayos postreros del sol poniente.

La influencia fue paulatina al principio y con rápidas transmutaciones después, bellísimas y efímeras... nubes blancas trocándose en rosadas, con núcleos opalinos, como una concha de coral.

Hubo un momento durante el cual Chane pudo ver la escarpa oeste de la Meseta a través de una calina de tonos lila. Contemplaba un fenómeno de la Naturaleza que le exaltaba, emocionándole de un modo indefinible.

El plano superior de la nube adquirió un tinte de vio-lento bermellón; su lado oeste se convirtió en una inmensa llamarada y Meseta, cielo, declives y hondonadas, parecieron transfigurarse con una gloria que no era de este mundo y que impresionó a Chane por sus períodos de infinita belleza -breves instantes de efímero poder-, para luego trocar su ardiente fuego por más plácidos tonos oro, plata y violeta. Finalmente, llegó un momento en el que el mundo roquizo entero yació bajo un manto de púrpura que se desvaneció ante el avance de las invasoras sombras crepusculares.

Chane abandonó su elevada atalaya y descendió rápida-mente por los alisados bancos de roca que serpenteaban por los curvos declives hasta ganar el cerro de cedros sobre el Cañón del Castor. El crepúsculo cedió el paso a la noche; el murmullo del arroyo turbó la desértica quietud. Una llameante fogata de campamento, que centelleaba en la oscuridad, disipó el vago conjuro que se había apoderado de él en las alturas.

La hoguera iluminaba los fantásticos troncos de los cedros y las imprecisas formas de hombres sentados en semicírculo. La escena era usual para Chane, familiar si cabe, y, no obstante, a la sazón le chocó singularmente. Se de-tuvo entre las sombras. Uno de los hombres hablaba, pero el murmullo del arroyuelo impedía distinguir sus palabras. Varios piutes rodeaban el fuego; figuras pintorescas y salvajes, cenceñas, haraposas, desmelenados, tocándose con los típicos sombreros de altas copas.

Chane prosiguió la marcha. Aunque sin proceder con intencionado sigilo, estaba ya muy cerca del campamento cuando halló una piedra que rodó a su paso. Vio a Manerube dar un respingo, cesando en la animada conversación que sostenía con los otros. tres que escuchaban atentamente y cesaron también en su actitud. Parecióle a Chane que su repentina llegada interrumpía un coloquio en el que, por lo visto, no deseaban que participase. A no haber estado observando deliberadamente al grupo, no se habría percatado de lo obvio de su actitud, mas el repentino cambio le chocó y despertó sus recelos. ¿Qué tramaban aquellos sujetos? Le eran totalmente desconocidos con anterioridad a su visita a la comarca piute. Tres de ellos habíanse presentado en el campamento una noche, pocas semanas antes. Alegaban ser desbravadores en jornada y ofrecieron sus servicios a cambio de provisiones, de las que estaban faltos. Chane había acogido favorablemente su oferta, muy oportuna en su tarea de reunir y ajorar los potros cerriles que adquiriría para revender a los mormones, y hasta el presente no tenía motivo alguno de queja. Manerube, en cambio, que se había incorporado a ellos posteriormente, no se había captado las simpatías de Chane. Jactábase, alto y recio, de ser el mejor desbravador de cerriles de Utah; era arrogante en su porte y brutal en su trato con los caballos, y por si esto fuese poco, había provocado conflictos con los piutes.

Chane se acercó al corro que rodeaba la hoguera con la firme resolución -por huraño e irrazonable que pudiese parecer -de no quitar ojo a sus indeseables e indeseados compañeros.

Manerube estaba de espaldas a la fogata. Era el tipo perfecto del caballista, alto, esbelto, flexible, bien proporcionado. Al acercarse Chane, se volvió, descubriendo el rostro curtido y atezado de un hombre que aún no tenía treinta años, audaz y sardónico. Sus rasgos fisonómicos no eran fáciles de interpretar y sus chispeantes pupilas y re-torcido bigote rubio parecían ocultar no pocos indicios de su verdadero carácter. Manerube afirmaba ser mormón, aunque Chane lo ponía en duda, si bien reconocía la evidente buena educación y la peculiar arrogancia del individuo.

-¡Hola! ¿Cómo está la pequeña *squaw* de sus amores? -rezongó dirigiéndose a Chane. Uno de los oyentes soltó una risita irónica.

Chane había soportado con inalterable buen humor repetidas instancias de una apenas velada chanza, motivada por su actitud amistosa y benévola hacia la ojinegra hija de Toddy Nokin..., amistad torcidamente interpretada por Manerube.

-Escuche, Manerube -replicó acabada la paciencia-; Sosie no tiene nada que ver

conmigo.

Manerube soltó una burlona carcajada, pareciendo acentuarse s ú antagonismo.

-Bah! Cuando de mujeres blancas o negras se trata, no conseguirá usted nunca «dársela» a un mormón -dijo.

-He vivido entre ellos -replicó Chane-, y jamás tuve ocasión de oírles hablar insultantemente de mujer alguna.

La mirada de Manerube se alteró un momento, y por sus pupilas cruzó algo indefinido que modificó sus pálidos destellos.

-¡Insultar a una *squaw*! -exclamó groseramente-. ¡Ea!, que no «cuelan» sus evasivas.

-Ni son evasivas, ni acostumbro usarlas -replicó Chane con deliberado tono-. Sosie no tiene nada que ver conmigo. Y... aprovecho la ocasión para aconsejarle que no se permita insinuar lo contrario.

-Weymer, no le creo -repuso Manerube.

Chane se plantó de una zancada al lado del otro. En el fondo le placía el giro que tomaba la situación.

-¿Acaso quiere usted decir que miento? -preguntó.

Reinó un minuto de silencio. Los piutes se percataron del cambio de tono de Chane y los camaradas de Manerube se apartaron lentamente. Éste hizo un rápido ademán de cólera puramente instintivo, mas al punto logró dominar sus naturales sentimientos. Su semblante, sin perder su aire de arrogante audacia, reveló el esfuerzo hecho por contenerse.

-Si Sosie no es nada para usted, ¿por qué aconseja a su padre que la aparte de mí? -inquirió, rehuyendo con-testar directamente a la pregunta de Chane-. Al fin y al cabo no es sino una *squaw*, para la que no existe diferencia entre un blanco y otro.

-A Sosie, como a todas las muchachas indias, le gusta estar entre blancos -replicó Chane-. Son hijas del desierto, primitivas y sencillas. Por esa razón hay tantas infelices degradadas por hombres de su calaña, Manerube.

Era evidente que si Manerube se reprimía no era por miedo a su contrincante. De su rostro desapareció todo vestigio de color y sus pupilas se clavaron en la hoguera.

-Chane -dijo-. He oído hablar de usted en Bluff y empiezo a preguntarme si será cierto lo que dicen.

-Y ¿qué dicen? -preguntó sin inmutarse Chane.

-Que ha sido usted un *squaw-man* navajo.

Lo absurdo de la declaración provocó la risa de Chane, que replicó:

-No, no estuve nunca casado con navajo alguna. Pero... le diré una cosa : preferiría mil veces casarme con una muchacha como Sosie y portarme bien, a hacer de ella... lo que usted haría.

Manerube miró al otro recatada y especulativamente.

-¡Ea! -dijo por fin-. Haré de Sosie lo que me venga en gana.

-Mientras esté usted en mi campamento, no-le ata<sup>l</sup>ó con viveza Chane-. No he solicitado su compañía. Ni me gusta. Recoja sus bártulos y sus caballos y desfile. ¡Pronto!

-Lo pensaré esta noche -replicó Manerube.

Su insolente aplomo irritó a Chane más que sus insultos. Además los atentos rostros de sus tres camaradas le chocaron. En varias ocasiones en que había manifestado su disconformidad con ciertos actos de Manerube, aquéllos lo habían tomado a risa, bromeando. Ahora, su actitud era distinta. Aleo ocurría, por lo visto. No era preciso ser un lince para comprender que los cuatro se entendían. Simultáneamente se dio cuenta de que su reputación no les era desconocida. El peculiar modo de ser de Chane y la decidida protección que dispensaba a las mujeres indias lo esforzado de su brazo y su destreza en el manejo del revólver, eran otras tantos motivos de respeto en las pampas de cerriles de Utah y de Nevada.

-Aunque opino, Manerube, que no necesita usted de mis consejos -declaró-, procure que no le encuentre con Sosie.

Chane miró al otro de hito en hito, con la misma deliberada intensidad que caracterizó

sus palabras. El odio que existió después entre el pseudo mormón y él pudo comenzar en aquel instante. Había querido saber lo que cabía esperar del sujeto. Y su primera impresión fue acertada... Manerube podía no ser lo que pretendía, pero era peligroso. Tarde o temprano estallaría el conflicto. Chane no tenía interés alguno en diferirlo. Había vivido luengos años entre los turbulentos pobladores de los abertales y no juzgaba probable que le cogiesen desprevenido. Sin embargo, al volver la espalda al grupo, atisbó sus movimientos con el rabillo del ojo. Y llevándose del campamento su hato, se instaló al pie de un corpulento cedro, en un lugar en el que las tinieblas de la noche eran más densas.

Envuelto en sus mantas, estiró sus largas extremidades, con indolente satisfacción al sentirse ganar por el sueño. Mas no tardó en ver frustrada su esperanza. No conseguía el anhelado descanso. De modo indefinido, la jornada había sido distinta a las demás. Sentíase lleno de resentimiento hacia Manerube y sus asociados ; y, no obstante su intrepidez, hallábase preocupado. Pero lo más significativo de todo era la sensación de descontento con su vida.

Si Manerube continuaba en el campo y persistía en sus atenciones hacia la muchacha piute -y lo probable era que hiciese ambas cosas-, estallaría el conflicto que Chane había previsto mucho antes de su conversación con él, aunque, a decir verdad, sin saber a punto fijo lo que podía acaecer. Estaba convencido de que era un sujeto peligroso, aunque tal vez no cara a cara y abiertamente. En consecuencia resolvió precipitar los acontecimientos, provocando a la menor oportunidad un choque que le permitiese determinar, juzgando, por la forma de conducirse Manerube, la gravedad de la situación y su importancia.

Después Chane pensó en los otros individuos que se le habían agregado. Día por día, y particularmente desde la llegada de Manerube, habíase ido acrecentando su impopularidad en el campamento. Pretendían llamarse Jim Horn, Hod Slack y Bud McPherson, nombres sin la menor significación en aquella selvatiquez. Chane tenía escasas relaciones en la región situada al sur del Río San Juan, que sólo había visitado una vez, durante la cual su principal tarea había sido cazar cerriles entre los navajos. Sus piutes tampoco poseían informes precisos de aquellos sujetos, por lo que le preocupaba más el caso. Horn y Slack no parecían dotados de cualidad especial alguna, pero McPherson, por el contrario, habíase revelado como hombre de tremenda energía e indomable espíritu. Chane habría llegado a experimentar simpatía hacia él a no habérselo vedado la impenetrable reserva del sujeto a cuanto personalmente le atañía y su actitud siempre alerta y evidentemente influida por secretas cavilaciones. Luego de ejercitar sobre el cuarteto sus más aguzadas facultades de observación y de educación, Chane hubo de reconocer que lo único definido que podía establecer era aquella actitud de alertada expectativa. ¿Expectativa de qué? ¿De que él tuviese reunidos todos los caballos que proyectaba comprar a los piutes? Era lo único que se le ocurría. Aunque la caza de cerriles no alcanzase proporciones de lucrativo negocio, había dado pie al nacimiento de varias cuadrillas de ladrones de caballos. Chane estaba casi seguro de que aquellos desbravadores, intrusos en su campamento, pertenecían a alguna de ellas, y tal idea trocaba su resentimiento en cólera. Estaba solo y no podía esperar ayuda alguna de los escasos piutes del vecindario. Lo más prudente era, a todas luces, ir dando largas al cierre de su trato con los indios.

-¡En buen lío me he metido! -dijo para sus adentros-. Esta clase de negocios no conviene.

Y por asociación de ideas dio en pensar que varios años de igual ocupación le habían llevado a ser lo que era..., un desbravador de cerriles, pobre y sin perspectiva alguna de provecho.

Durante largo tiempo había acariciado el sueño de llegar algún día a poseer un rancho en el que criaría caballos de sangre, estableciendo en él su hogar y su familia. ¡Va-nos y fantásticos sueños! El romance, la aventura, el cambio constante de escena y de acción, característicos de la ruda existencia del cazador de cerriles, le habían seducido en sus mocedades y ahora, pasada ya la adolescencia, aún le dominaban. ¿Qué otra cosa podía hacer? Se había convertido en un solitario, un vagabundo de la salvaje pampa, y no era probable que

supiese amoldarse a la quietud y al sosiego de la vida del agricultor o del ganadero.

-Tal vez si... si... -murmuró mirando, a través del oscuro follaje del cedro, a las centelleantes estrellas. En las sombras, a la pálida luz astral, parecióle ver dibujarse vagamente el dulce rostro que a veces obsesionaba su mente. Cerró los ojos con amargura. ¡Fantasías! ¡Ya no era ningún muchacho! Lo mejor de su vida había pasado estéril, inútil. ¡Qué locura! ¡Soñar con una mujer! Y súbitamente cruzó por su cerebro la sardónica repetición de Manerube de las habladurías oídas en Bluff. ¡Squaw-man!

-¡Y todo porque di la cara por una muchacha navajo... como ahora he hecho por Sosie! - Le dolía en el alma pensar en la posibilidad de que rumor semejante llevase a oídos de sus padres, en el viejo hogar de Colorado. ¿Qué pensaría de él su hermano menor, Chess? Chane sentía aún vivo en su pecho el orgullo de familia. Si no había logrado sacarle un mayor partido a su vida, no era ciertamente por falta de influencia, de educación o de abolengo. Le aterraba pensar adónde había llegado. En aquellas salvajes comarcas serían contados los que no interpretasen torcidamente una atención o un apoyo dispensados a una mujer india. Chane jamás había concedido importancia a lo honrado y lo puro de su conducta, pero había protegido a los incalificables rufianes que abusaban de la sencillez de corazón y de la primitiva inocencia de las doncellas indias había sido siempre la misma: parco y claro de palabra y radical en sus actos. Y aquellos cobardes se vengaban difundiendo rumores de enconada ponzoña. ¡Qué injusticia! En el fondo del alma sabía lo honrada y lo puro de su conducta, pero había protegido a más de una muchacha india, como Sosie, cabalgando y hablando con ellas, interesado, distraído, y, en ocasiones en que la soledad le pesaba en demasía, agradecido a su femenino compañerismo. Chane no acertaba a comprender dónde estaba el mal. Pero aquellas jóvenes indias se dejaban llevar con excesiva facilidad de su inclinación hacia el hombre blanco... bueno o malo. Eran salvajes del desierto. Chane se dio cuenta de lo que, en su conducta, pudo crear una mala impresión de sí mismo, en ellas quizá y ciertamente en los blancos con quienes se encontró entre los indios.

El descubrimiento trajo aparejada una desagradable hora de reflexión y auto-análisis. Una mórbida sensación de re-signado abatimiento estuvo a punto de prender como hiedra en su alma. ¡Qué locura de sueños! ¡Qué futilidad poner su afecto en un caballo! El mismo tan renombrado *Panquitch* de la Meseta, ¿valía el tiempo y el trabajo y las fatigas que entrañaría el apresarle, suponiendo que fuese posible? ¿Qué esperanzas le reservaba el porvenir? ¿Por qué no dar al olvido sus absurdos sueños, su extraña fe en una aventura, en algo romántico que había de sobrevenirle a él y a sus padres y a su hermano? ¿Por qué no dejarse llevar como el villano del desierto, adonde quisiera el viento? ¿Por qué no buscar solaz y reposo en las negras pupilas de Sosie?

La idea provocó una rebelión en Chane, una lucha contra la insidiosa flaqueza, que le hacía avergonzarse de sí mismo.

No obstante sus defectos, no obstante su inhabilidad para alcanzar lo que entre la gente se llama el éxito, Chane había sido siempre un «hombre honrado». Se aferró a la idea. Las malas lenguas no podían perjudicarlo. Su vida, aunque estéril, conservaba su encanto; era libre, saludable, activo. De pronto, vio que el desierto significaba para él mucho más de lo que hasta entonces supusiera. Había amado a un caballo, podía amar a otro. Y siempre podía volver al lado de su hermano. Lo demás, ¿qué importaba? Y así consiguió conquistar y vencer el mal momento.

Salvo algunas ráfagas intermitentes que gemían entre los cedros, el ligero vientecillo había cesado. El silencio desértico planeó sobre las cosas. El arroyuelo murmuraba casi imperceptiblemente y los insectos dejaban oír sus melancólicas notas, que servían más bien para acentuar la absoluta quietud de la soledad. Chane se quedó dormido.

Despertó con el alba, cuando la oscuridad luminosa de la noche se trocaba en gris. El aire septembrino llevaba en su seno un asomo de escarlata. Chane halló que algo nuevo, templanza o fortaleza, parecía despertar con él. No ya resignación o amargo descontento con su suerte, sino una más extraña y más recia fe. Su vida sería lo que él sintiese, y no el lucro

material que antes anhelaba. Permaneció sin moverse hasta oír andar a los otros por el campamento, de acá para allá, y el chasquido de cascos sin herrar contra los guijos. Entonces se levantó y, calzándose, se echó la chaqueta al hombro y fue hacia la fogata. Su silla de montar y su fardería estaban apiladas bajo un cedro. De uno de los hatos sacó su biricú, del que pendía su pistolera con su Colt y municiones y se lo ciñó a la cintura. Hasta entonces no había tenido costumbre de hacerlo.

Dos piutes habían llegado al campamento, jinetes sobre potros semisalvajes y esperaban para desmontar que les invitasen a comer. Tres de los hombres estaban atareados... Slack, amasando la pasta de galleta; Horn, porteando agua, y McPherson, cortando lonchas de una pierna de carnero. Chane vio en seguida a Manerube lavándose en el arroyo.

-Oiga, Weymer, sus compadres indios se han dejado caer por acá a la hora de la «manduca», como de costumbre -observó ásperamente Slack.

-Esa veo. Parece ser la moda entre caballistas el venir a comer «a mi costa» -replicó Chane.

-¡Bah! Los piutes son bastante decentes. No consentirían que nadie pasase gana-dijo Horn.

McPherson miró a Chane con un curioso destello en las pupilas. No era tan joven como sus camaradas. Su semblante acusaba experiencia de la vida selvática en todos sus aspectos y las bronceadas y enjutas mejillas, la recia mandíbula inferior, el fruncido entrecejo, parecían partes de la máscara con que ocultaba sus pensamientos.

-¡Hola! ¡Hola! ¿Con la artillería a cuestas? -dijo echando una ojeada al revólver de Chane.

-¡Vaya! Estas mañanitas de septiembre empiezan a ser frescas -replicó animadamente el interpelado.

Slack soltó una carcajada y un guiño iluminó el cetrino semblante de Horn.

-¿Qué mosca os ha picado, compañeros? -preguntó hoscamente McPherson posando su penetrante mirada en los otros-. No veo dónde está la gracia... Weymer faroleando con un arma.

-Lo que me hizo cosquillas fue lo que dijo -replicó Horn.

-Opino, Weymer -prosiguió lentamente McPherson-, que no siente usted precisamente simpatía por Manerube y... no me extraña, ni le censuro. Lo que le dije a usted anoche no es de buen tragar. Así se lo hice saber a él. Teniendo en cuenta que viene sentándose a la hoguera de su campamento no procedió como un caballero. Pero me consta que lo deplora y que no tiene deseo alguno de chocar con usted.

Una simple ojeada al reposado semblante de McPherson bastó a Chane para convencerse de que el sujeto era pro-fundo como el mar. Su actitud corroboraba demasiado sus palabras. Un observador menos sagaz que Chane se habría inclinado a la benevolencia, pero éste sentía y pensaba con excesiva intensidad para dejarse embaucar por nadie. Aquellos hombres abrigaban malas intenciones hacia él.

-Nunca busco choques, McPherson, excepto cara a cara y aún me lo pienso mucho -replicó Chane con sarcasmo-, pero me desperté a disgusto sin mi pistola.

-¡Hum! -gruñó el otro reasumiendo su tarea.

Chane razonó que no tenía el menor temor a aquellos individuos y deseó hacérselo saber así. En tanto que estuviesen frente a frente, no podrían agredirle por la espalda y si llegaba el caso de una abierta agresión a quemarropa, sufrirían ellos tanto como él. En tales circunstancias un hombre no puede sacar fácilmente un arma. Y en un combate a larga distancia, Chane llevaría la voz cantante, por-que era poseedor de un rifle que se proponía ocultar siempre que no lo tuviese entre manos.

Poco después, Manerube ascendió por el repecho del arroyuelo, secándose la cara con un pañuelo. Chane hubo de reconocer que el sujeto era apuesto y de un tipo apto para interesar a una mujer blanca y mucho más a una india.

-Buenos días, Weymer -dijo no sin violentarse-. Le ruego que pase por alto mis



impertinencias de anoche. Es-taba de mal talante.

-Conformes. Encantado -replicó afablemente Chane. Era obvio que a Manerube le habían hecho alguna indicación.

En esta situación, anunció Slack:

-¡Venid por ello!<sup>2</sup>

Y los cinco hombres se consagraron al desayuno, asunto de capital importancia en el desierto. Comieron en silencio, hasta haber consumido cuanto de comestible o «bebestible» había a la vista.

-¿Qué haces hoy, Bud? -preguntó Manerube levantándose y enjugándose los labios.

-¡Psh!..., depende del jefe de este equipo-contestó lentamente McPherson, mirando de hito en hito a Manerube; mas éste pareció no darse cuenta de la insinuación, si es que, en realidad, existía.

-Si no recuerdo mal, Weymer -dijo Manerube-, anunció usted su propósito de tomar el camino del Agujero en la pared, en cuanto los piutes le trajesen el resto de los potros que ha comprado; ¿no es cierto?

-En efecto, así es. ¿Y a usted qué le importa? -preguntó Chane plácidamente.

-Según manifestó, piensa venderlos en Wund. Bien. Allá vamos nosotros y le ayudaremos a conducir la caballada... si se da prisa. Ha llovido en la cuenca del San Juan y habrá crecida.

-El San Juan está ya en plena avenida, según me dijo ayer Toddy. Opino que valdrá más esperar a que de-crezca.

-¡Pero si puede tardar semanas! -objetó Manerube.

-Por mí, que tarde lo que quiera, me da igual-replicó Chane-. No es menester que ustedes me esperen. Me llevaré algunos piutes. En el fondo, los prefiero.

-¡Condenados se vean! -estalló Manerube, súbita-mente encolerizado.

Al oírle, McPherson le dio tan violento golpe en el pecho que le hizo caer de espaldas.

-Óyeme bien, Manerube -dijo con voz cuyo acento contrastaba extrañamente con su acción-. No estamos dispuestos a que hables más en nuestro nombre. Jim, Hod y yo aguardaremos gustosos a Weymer. Estamos sin provisiones y no toleraremos que le indispongas con nosotros.

La inconfundible expresión de sorpresa de Manerube, ante la acción y el discurso del otro, convenció a Chane de que carecía de autoridad sobre los tres restantes y de que una ruptura era inminente.

---

<sup>2</sup> *Come and get it*. Es la fórmula sacramental con que se anuncia en los campamentos americanos, y especialmente entre *cowboys*, que la comida está a punto. -N. del T.

## II

Chane se apartó de pronto del círculo de la fogata. No le repugnaba, ni mucho menos, la posibilidad de una disensión entre ellos y de la subsiguiente querrela que reduciría el número de sus contrincantes. Fuertes voces le anunciaron el comienzo de la disputa y observó, significativamente, que la de McPherson no se distinguía entre ellas.

-Si Manerube tiene dos dedos de frente se guardará muy mucho de hostigar a ese hombre. Pero... ¡ojalá no los tenga!...

Se apoderó de su rifle, que por lo general dejaba en el campamento durante sus excursiones diurnas. Para un cazador de cerriles el rifle es un estorbo y una carga inútil en la silla, pero había reflexionado que, arma de tan largo alcance, compensaría la ventaja numérica de Manerube y sus compinches, que sólo llevaban el Colt corto, habitual entre los picadores de la Pampa. En lo sucesivo, engorroso o no, el rifle iría siempre en su silla.

Con él en la mano y la brida al hombro, Chane abandonó el campamento y fue en busca de sus caballos. Mirando hacia atrás desde la cresta del declive tuvo la satisfacción de ver a los cuatro sujetos enzarzados en acalorada contienda.

-Daría cualquier cosa por saber quiénes y qué son-murmuró-. Apuesto a que se proponen robarme los potros. No se perdería mucho. Pero... han echado el ojo a *Brutus* y eso ya es distinto. Para hacerse con él tendrán que pasar sobre mi cadáver.

*Brutus* era el nuevo caballo de Chane, adquirido en su última visita a territorio mormón. Aún no lo había montado ni sabía de qué era capaz. Dos años antes había perdido un animal querido, y desde entonces todos le eran indiferentes, exceptuando el famoso y casi mítico *Panquitch*. La pérdida le impresionó tan hondamente, que llegó a temer la posibilidad de hallar otra animal por el que pu-diera sentir afecto. Pero *Brutus* se había ido captando sus simpatías, especialmente desde la llegada de los cuatro pseudo-desbravadores. Horn había intentado pedirselo, Slack quería que se lo prestase, Manerube ofreció comprarlo y McPherson declaró jocosamente su intención de robárselo.

-¡Es particular lo que un hombre puede llegar a encapricharse de un caballo! -pensó Chane bajando la ladera-. *Brutus* me llamó la atención en cuanto le eché la vista encima, aunque no lo hubiera comprada nunca a no ser por su baratura y... me habría equivocado.

Intentó recordar el remarcable panegírico de los mormones respecto al caballo. *Brutus* llevaba en sus venas la mejor sangre de Colorado. Su padre fue un garañón salvaje y la yegua alardeaba de tener una larga ascendencia de Dura raza, tenía seis años y había pasado toda su vida en la región más abrupta e intrincada del Colorado occidental. No se le conocía rival como caballo vaquerizo, y, no habiéndole montado cowboy alguno, su excelente disposición permanecía inalterada. Jamás había dado un mal paso, ni una corveta, ni una espantada. Era raudo e incansable... Chane no recordaba más, maravillándose de no haber dado crédito a tales elogios desde el primer momento, si bien comprendía, y se explicaba, su poco interés al notar que la sola idea de que *Brutus*, o el mismo *Panquitch*, pudiesen llegar a llenar el vacío de su corazón, le angustiaba.

Abandonó el sendero en su intersección con el arroyo Castor y siguió el curso del agua hasta el cañón a través de junqueras y cedros, bajo una ladera de piedra amarilla. Chane poseía tres caballos hateros o de carga, y dos de silla a más de *Brutus*. Toddi Nokin los había llevado al Cañón del Castor. La maleza estaba húmeda aún por la lluvia de la víspera y el agua del arroyo no era tan cristalina y límpida como de costumbre. En su rápida corriente arrastraba ramas desgajadas y hojas muertas. Entre las peñas graznaban los grajos azules, y los típicos vencejos del cañón piaban, refulgiendo al sol. En la lejanía oíase el balido de los corderos indios.

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

